

**HOMILIA en la misa del sábado 9-XII-1972 del doctor
JAIME BRUFAU PRATS, Pbro. Catedrático de Filosofía
del Derecho de la Universidad de Barcelona.**

El cristiano ha de sentirse siempre en manos de Dios; con confianza plena y con auténtica sumisión y humildad. El correr de la historia se halla en manos de la Providencia divina; es Dios quien dirige todas las cosas. Por ser cristianos hemos de esforzarnos en ser dóciles instrumentos en sus manos. El valor de nuestra vida pende de nuestra vinculación a El: «Sin Mí, nada podéis hacer»; verdad evangélica que muestra su otra vertiente en las palabras de S. Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta.»

Lanzados a una empresa que quiere ser, en su sentido más radical, servicio de Dios, es preciso que reavivemos constantemente nuestra fe y que sea ella luz que alumbre nuestro andar por el mundo. Porque, en la historia de la propia vida, lo que vale realmente, auténticamente, es lo que hayamos hecho por El y en la medida en que por El lo hayamos hecho. El éxito humano, el brillo de nuestras palabras o de nuestras acciones según lo que en lenguaje evangélico se llama mundo, no tienen valor auténtico. Por el contrario, la desilusión y el cansancio no pueden roer al alma mientras ésta se asiente en Dios. Animosamente hemos de seguir nuestra andadura; aunque sangren nuestros pies, no hemos de cejar en el empeño de servicio.

Tengamos, pues, aquella confianza que brota de una fe viva y que viene animada, como hijos fieles de la Iglesia, por una entrega al servicio de Dios y de los hombres, entrega fructo de la caridad y que hace soberanamente fecunda nuestra existencia.